

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Mi querido colega *El Quijote* insertó a la cabeza de su último número este escrito de su director:

EN HONOR DE NAKENS

Triste labor ir sumando negaciones y negaciones, enamorados de la «Nada», nuestro único ideal...

Toda idea, vieja ó nueva, de arte ó de política, es rechazada sistemáticamente con un «no» categórico é indiscutible. ¡No hay nada de nada!

Y faltos de fe, sin ilusiones, desesperanzados, aburridos, incapaces del amor y del odio, nos hemos sentado, como el árabe, en nuestra puerta, esperando los acontecimientos...

Pues bien, no; es preciso luchar. Aceptarlo todo, someterse á todo, es de imbéciles y de cobardes. La vida es movimiento, es actividad, es un combatir constante, de todos los momentos, de todas las horas, es una guerra sin descanso...

Y bien hayamos los vencidos y los vencedores, los valientes que pelean, los que miden sus armas por el bien ó por el mal, los que no esperan indiferentes, sentados á la puerta de su casa, el paso de los acontecimientos!

Negamos que haya «hombres». Pocos hay, en verdad, pero aún nos quedan algunos. Citemos á uno sólo: Nakens.

El ha luchado heroicamente por todos en esta época de horrible indiferentismo y de duda. Véase ese gran libro, *El Morir*, que ha debido ser «La Enciclopedia» del pueblo español.

Y toda la hermosa labor de Nakens ha resultado inútil, porque le hemos dejado solo en el combate, sin unirnos á él para ayudarle, peleando á su lado... El Morir pudo ser «La Revolución». Y ahora...

Honremos á nuestros hombres. Es un deber de todos los que amamos la libertad y el progreso demostrar á Nakens que no está solo, que puede contar con muchas voluntades dispuestas á ayudarle en su obra de regeneración.

Hemos comido el pan y hemos bebido el vino en toda clase de banquetes dedicados á la exaltación de tal ó cual individuo nombrado concejal ó diputado.

Por qué no hemos de celebrar una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que le demostramos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admiración?

El Círculo Republicano de Madrid ha organizado un mitin para conmemorar el glorioso aniversario de la Revolución de Septiembre. Muchos republicanos de provincias asistirán al acto. Aprovechemos la estancia en Madrid de esos correligionarios para reunirnos con ellos el día 30, y celebrar una fiesta en honor del director de *El Motín*.

Yo, el último de todos, propongo esta idea á mis correligionarios. Hay que contar, desde luego, con que Nakens se opondrá á la celebración del banquete. Pero no importa. Ya le convencemos. Y partirá su pan con nosotros de grado ó por fuerza. ¡Estoy decidido hasta á reclamar el auxilio de la guardia civil si se niega á acompañarnos!

En la redacción de «Don Quijote» se recibirán las adhesiones al banquete hasta el día 29 del actual.

MIGUEL SAWA

NO ACEPTO

Sr. D. Miguel Sawa.

¡Ay querido amigo, y qué impresión tan penosa me ha producido su artículo! Escasará las personalidades salientes en el partido republicano, cuando se ha fijado usted en mí?

Y esto no es modestia. No, yo no soy modesto. Peco de lo contrario. Y se persuadirá usted, si ya no lo estuviere, con lo que voy á decirle: «Estoy convencido de que merezco más que casi todos los republicanos la honra

que quiere usted hacerme.» Pero esto sólo prueba lo mal que andamos de gente que valga, no el que valga yo.

Si no me obligase tanto su atención, acaso le dijera algo desagradable. ¿A quién se le ocurre proponer que se le dé un banquete (*que desde luego rechazo*) al hombre que ha trocado más contra esa mala costumbre?

Y si no por costumbre mala, rechazáralo por no contradecir lo que he predicado; y aun más que por esto, porque no se me compare con tanto vanidoso de guardarropía como entre nosotros hay. Mi norma, para tener algunas probabilidades de aceptar, es no hacer lo que la mayoría. Y ya sabe usted que esto de banquetear, es entre nosotros achaque añejo.

Yo aceptaría el banquete por haberme batido en una barricada, ó escrito un belicoso artículo que lanzase al pueblo á la calle, ó comprometido el par de regimientos que son precisos para traer lo que por sabido callo. Pero por luchar constantemente en la prensa, perseverar en un propósito, resistir contrariedades, sufrir abandonos, perder lo que tenía? No, por esto no lo acepto. Dejo íntegra esta función democrático-digerible á los que dan tonos de epopeya al sencillo cumplimiento del deber, y á los que no tengan otros medios de hacerse notar de sus correligionarios.

Como usted mismo hace la salvedad, amigo Sawa, no le extrañará que yo repita aquí, que eso de los banquetes se ha vulgarizado tanto, que no hay concejal, diputado, presidente de un organismo cualquiera, que no reciba de ese modo la honra que por otros caminos le sería difícil alcanzar. ¿Cómo quiere usted, pues, equipararme con ellos? Claro que no es igual; por algo se ha dicho que si alguna vez llevara el león la piel del burro, la llevaría como león. Pero dejaría yo de estar contrariado en un acto que tantas veces censuré?

¡Y luego, los detalles!... El asiento de cabecera... Quiénes deben ponerse al lado de la víctima... Si hay brindis, las tonterías que se acumulan... Si no, el disgusto visible de los que lo llevan embotellado... Y después el ramito... El nombramiento de la Comisión para presentarlo... ¡Y lo más terrible! la noticia en la prensa al día siguiente, con la indispensable alabanza al fondista... ¡Ah Miguel! No pensó usted bien en lo que hacía al ofrecermese caliz de amargura...

¿Concurran pocos individuos al banquete? ¡Claro! ¿Quiénes deban de ir, tratándose de un hombre que ataca todo lo divino y todo lo humano? Hasta los cléricales ballarían en esto un argumento contra mí.

¡Buen muchos! Naturalmente; no iban por el obsequio, sino porque hay siempre gentes dispuestas á sustraerse á la comida de familia, y á reunirse y charlar, rompiendo un instante la monotonía de una existencia consagrada casi por entero á la fácil tarea de aguardar que la República caiga de arriba, como en tiempos el maná para los que cruzaban con Moisés el desierto.

Y no vaya usted á pensar, por esto que digo, que desconozco la utilidad de los banquetes, tratándose de hombres que aspiran á cargo en comité, junta, directorio, ó á diputación ó concejalía, ó simplemente á notoriedad en su barrio... Pero no tratándose de mí, que huyo de todo lo que sea añadir á mi nombre el alias de un cargo, por honorífico que sea.

Pero me voy sin notarlo al estilo irónico, que si cuadra al asunto, no responde á la nobleza de su intención, amigo Sawa. Dispénsese usted, y hablemos en otro distinto.

Hay cosas en su artículo que me halagan mucho; por ejemplo, aquella de que he luchado, y solo, en esta época horrible de fanatismo y de duda. No sabe usted, querido Miguel, hasta qué punto es cierta su afirmación. Ha habido momentos en que me ha

sido hostil todo; en que llegaba dudado de mí, á no ser por este ó por otro orgullo que me ha sostenido y me sostiene; orgullo sin el cual habría caído pronto no levantarme hace mucho tiempo; orgullo que fundo, no en mis cualidades, sino en los defectos ajenos (defectos políticos; recuerdo á otros).

Respecto á lo de estar solo, crea usted que llega uno á acostumbrarse, por más que al principio indigne y desespere. Hace unos cuantos meses escribía yo, como ilustradísimo amigo de La Guardia, que, como usted, me hablaba de la soledad en que me veía:

«Me pregunta usted qué puedo esperar de un partido á quien no unen la desgracia ni el dolor y que abandona á su defensa más resuelto.» Tomando al partido por los tres bullen, bien poco espero. ¿Poco he dicho? Nada. En cambio, espero mucho del partido en conjunto. Por esto mi única aspiración es que venga la República, sea como fuere y con quien fuere; que quite el tapón monárquico. No responde el pueblo, al verse dueño de sus destinos, á lo que de él se aguarda, y que á él interesa más que á nadie, que me considere vencido, no equivocado. Hoy, y confieso que nada hay arriba y en medio muy poco; entonces confesaría que abajo había menos. Pero ni aun entonces me arrepentiría de mi obra; antes bien me envenecería de haber conseguido á que la luz se hiciera. Yo llamo pueblo á los que tienen hambre y sed de justicia. Si se demostrase que esos no estaban con los republicanos, me acercaría á ellos, estuviesen donde estuviesen.

Efectivamente, el partido republicano no se ha portado bien conmigo; sufríame lo contrario mentaría. Y en parte me lo explico. He atacado las jefaturas y las ridiculizadas; no me he encasillado en comités ni juntas; he jugado con independencia á los hombres y sus actos; no me he presentado candidato á nada; y he sabido que para medrar en los partidos populares hay que exhibirse, charlar, prometer aunque no se cumpa, alardear de méritos que no se tengan, aspirar á todos los cargos, utilizar la influencia ajena. ¡Y como yo soy del otro sistema!... Además, mis ataques á los curas disgustan á casi todos los que en nada creen, ¡por la señorial por los niños!... ¡Ella tan candorosa! ¡Ellos tan inocentes!... Todo eso lo sé, y, lo que es peor aún, lo toco. Pero como yo soy republicano por convicción, sigo mi camino.

¡Ah! Si no fuera así, hace mucho tiempo que hubiese dejado de trabajar por la República. Hay entre mis correligionarios tantos imbéciles de la clase media en talento, aspiraciones y moralidad, que realmente no merezco la pena de aspirar á una forma de gobierno en que quepan. Verdad es que en todos los partidos hay incapaces de esa categoría, que se creen personajes porque figuran en un comité, asisten á un banquete, ó dan cinco durros para sostener el periódico oficial, que al fin muere sin lectores y con deudas. ¡Pero voy yo á sacrificar mis convicciones al majadero que deja la suscripción porque su jefe no le parece perfecto, ó al infeliz á quien le ordena su señora que se borre, instigada por su confesor, ó al animal que no comprende lo que digo á pesar de decirlo tan claro? No, yo seguiré mientras pueda, y hasta después que no pueda, combatiendo como hasta aquí, gusto á la mayoría de los republicanos ó le disguste. Está yo bien conmigo, y vayanse á donde se merecen los que carezcan de valor, independencia ó entendimiento para aplaudir lo que hago. Esto en mí carece de mérito porque no podría hacer otra cosa, y porque, como dice el vulgo, á costa de sus costillas cualquiera es valiente.»

Claro; estas teorías, puestas en práctica, ¿dónde habían de llevarme lógicamente? Al aislamiento. Y gracias á mis envidiables condiciones de resistencia, no he caído ya.

¡Mi resistencial! Grande es, cuando no ha cedido ante los ataques de frente y de flanco que á veces he sufrido. Propaganda en contra en los pulpitos; propaganda en contra en los comités... Excomuniones á la luz del día de los obispos; excomuniones en la sombra de los jefes republicanos... Curas vociferando; correligionarios calumniando...

Fe y fuerza de voluntad se necesita para no haberse puesto por montera á los unos y á los otros, y más aún para no ceder á los razonamientos del instinto de conservación. Si no quiere llamarse fe á esto, ni fuerza de voluntad, ni siquiera convicción, (que no estaría mal tampoco), llámesele tenacidad;

que no por esto dejaré de ser un hecho el que de todo me he cuidado menos de lo que particularmente me interesaba. De no ser así, ¿cómo había de verme como me veo, teniendo que hacer números á lo tendero con la misma pluma que uso para combatir la injusticia?

¿Pero es que realmente estoy solo? No; más bien creo que no hay quien esté mejor ni de más gente acompañada. Conmigo están (más justo sería decir que yo estoy con ellos) los que luchan sin pensar en lo que les conviene, los que aman la verdad, los que trabajan por la justicia; estoy con los que, en condiciones para medrar en el campo monárquico, arrastran vida angustiosa en el republicano; con los que, aun cuando los desengaños sean grandes y las esperanzas chicas, se avergonzarían de sí mismos si alguna vez pensarán en cambiar de rumbo; con los que, aun cuando lo callen, tienen el convencimiento de que hemos seguido una senda de perdición, y con los que, cada uno en la esfera en que se agita, ponen en la obra común el esfuerzo que les daría gran resultado si lo aplicasen á lo puramente personal. Con todos esos estoy, y, como son tantos, perdí el alma al poeta que dijo: *¡Qué espantosa soledad!* exclamando: *¡Qué soledad tan acompañada!* Y usted, Sawa, cree lo mismo que yo, como lo demuestra al proponer que se me dé un banquete. Si no pensara que iban á concurrir muchos honrados, no habría publicado su artículo. Harto lo indica este párrafo:

«Por qué no hemos de celebrar una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que le demostramos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admiración?»

Me hubiera agradado sobremanera ver reunidos á algunos correligionarios en torno mío; pero, como ya he dicho, no necesito esa demostración para saber que son muchos los que me aprecian: todos los que han sabido leer lo que he escrito; todos los que no tergiversan las intenciones honradas; todos los que, por inspirar siempre sus actos en móviles rectos, saben separar las frases duras que en el ardor de la lucha se escapan, del propósito torpe y censurable. Y de esos quedan muchos todavía. Pero sabiendo que existen, no es preciso reunirlos. Ellos darán cuenta de sí cuando la ocasión llegue.

Último toque en esto de mi supuesta soledad.

Sentiría que usted pensase, por lo que he dicho, que soy majadero hasta el punto de suponer que en política puede un hombre solo realizar nada; no; más aun que las unidades en la aritmética, necesita el político cifras á la derecha para adquirir valor; hasta los ceros le sirven.

Por esto, me punza ya con frecuencia una idea, que siempre rechacé: la de la posibilidad de caer vencido por la conjunción poderosa de la imbecilidad, el miedo y la hipocresía. La aparto en el acto de mí; pero, en último caso, si tal cosa ocurriera, quedaría la satisfacción de haber resistido cuál ninguno y de haber dado á mis convicciones todo. Hay que hacer algo más que San Martín, el que partió su capa con el mendigo; darla toda entera. La caridad bien ordenada no empieza por uno mismo en las luchas por el ideal. Aunque, si el caso apuntado llegase, para mí habrían sido las contrariedades; la vergüenza sería para el partido.

Es fácil que muchos exclamen al llegar aquí: «Es insufrible este hombre hablando de sí mismo.» Y tendrán razón. Difícilmente habrá quien esté más satisfecho de sí, que yo de mí: no cuando me juzgo, repito; cuando me comparo. No es mía la culpa, sino de los que no se han dignado hacerme sentir su superioridad.

¿Cuanto he charlado, amigo Sawa, para dorar la píldora de *No acepto el banquete*! Si otro que usted lo propone ¡no es rociada

la que lleva! Pero, amigo, ¿usted no puedo echársela. ¡Me quiere tanto, y la verdadera amistad es tan ciega!... Ya supo usted lo que se hizo al no consultarme la idea.

Abreviaré, que esto se va poniendo pesado; tanto casi como lo habrían sido algunos discursos ¡horror! al final del evaporado banquete.

Si yo creyese que el partir el pan servía para algo entre nosotros; si sospechara siquiera que los lazos de fraternidad se apretaban un poco, prescindiría de cuantas razones he dado, y en el banquete nos reuniríamos. ¡Pero si llevamos 25 años celebrando fiestas de esta clase, y ya ve usted cómo nos vemos!

Nada, querido Sawa; no puede ser, ni debe ser eso que usted propone. Y por si á pesar de cuanto le he dicho persiste usted en que sea, me permito recordarle que á tenaz me ganan pocos. Yo no podré evitar, si se empeñan unos cuantos amigos, que el banquete se celebre en honra mía. Pero de no ir ¡oh! de eso sí respondo. Y no lo dude usted: sin mí, la fiesta resultaría sosa.

Y allá va el argumento que reservaba para el final:

Piense usted, querido Sawa, en que esa figura que ve en mí, quedaría desdibujada en el momento mismo que la expusiera en un banquete á las miradas de todos, recibiendo honores por no haberse vendido, por haber trabajado y luchado, es decir, por haberse respetado á sí propia; advierta que por esto, por no haber hecho lo que otros tantos y ser como soy, ha podido usted pensar en mí para ese acto honoroso. Y si no quiere pensar ni advertir esto, fíjese en lo siguiente: Si mi labor mereciese recompensa, no sería esa, que aquí se le ha dado á cualquiera, sino otra más alta. Y ahora diga usted que no acepto el banquete por modestia.

Merezco es difícil; alcanzar es fácil. Y como, según usted, yo merezco esa distinción de mis correligionarios, conténtese con eso, y con saber que un hombre que tanto vale (?) lo aprecia á usted de tal modo, que á esto únicamente se debe el que no lo haya insultado por ese artículo. Y, en cambio, y para compensarle por la contrariedad que le causo, le dedico estos renglones, tan sinceros como noble ha sido la intención que á usted ha guiado; lamentando únicamente no poder ofrecerle hoy mi amistad, por habérsela dado entera desde que lo conocí.

José NAKENS

Según la última estadística hecha por los filipinos, halláanse en su poder 369 frailes españoles.

Si hubiera sido al revés, quiero decir, si estando en lucha caen 369 tagalos en poder de los frailes, ¿cuántos conservarían ya la cabeza sobre los hombros?

¡Vengan matemáticos y adivinadores!

NORTE Y SUR

Señor don José Nakens.

Mi más querido amigo: El artículo *Las dos Españas*, publicado en *El Motín* del 16 del corriente, me ha producido verdadero disgusto; y como no estoy conforme con la parte esencial del mismo, protesto contra las aseveraciones que se hacen en él por el señor Vicenti.

Preténdese demostrar, que las desgracias pasadas, las presentes y hasta las futuras, de nuestra querida patria, sólo son imputables á la gente del mediodía, á su flamenquería, á su *cante*, á su *torero*, etc. etc.; que por ella fuimos impelidos á la cómica campaña de Melilla y á la guerra con los Estados Unidos. ¿No hay más de qué cul-

mismo de los más importantes; 2.º porque en otro tiempo era cosa segura, y aun en nuestros días está generalmente admitido, que el hombre es malo, que este es un hecho apenas discutido y sobre el cual los más audaces se limitan á decir: así, ciertamente que el hombre es malo y vicioso, y házase lo que se haga seguirá siendo vicioso y malo; no obstante, con una educación cuidada, un código de moral bien entendida y un sistema racional de represión, puede disminuirse el número de sus vicios; 3.º porque, en fin, los sistemas sociales todos se han aprovechado de esta pretendida fatal depravación humana para refrenar, reglamentar, comprimir y castigar, lo que justifica y necesita un gobierno, leyes, tribunales, prisiones, y, en una palabra, todo el aparato coercitivo y represivo. Estúdiese con cuidado y sin prejuicios el origen y la razón de ser del sistema social de hoy, y verá que se hallan en esta afirmación, que he demostrado ser una calumnia interesada: «El hombre tiene tendencias innatas é invencibles al mal. Entregado á sí mismo, sin una autoridad que entere sus pasiones y que en caso necesario castigue sus extravíos, sería peor aún.»

Si he conseguido probar que el individuo no es naturalmente bueno ni malo, sino susceptible de hacerse lo uno ó lo otro, puesto que es simplemente un producto, me fisonómico de haber desacreditado la idea de una autoridad necesaria y principio de toda reglamentación social.

CAPÍTULO IV

CAUSAS DEL DOLOR UNIVERSAL

Causas secundarias y diversas.

Las instituciones sociales.—La iniquidad económica

Las instituciones sociales se dividen en económicas y morales.

Es evidente que si la causa del dolor universal no se halla en la naturaleza ni en el individuo, hay que buscarla en la (Continuará)

Biblioteca de «El Motín»

El dolor universal

FOR

Sebastián Faure

el fundador de la *Filosofía del Porvenir*: «una inmensa máquina de fabricar pillos?»

Id, sacerdotes, legisladores, moralistas; haced oír vuestra voz; predicad el trabajo, el amor al prójimo, el culto de la verdad, el desinterés, la benevolencia, el espíritu de mansedumbre y resignación. Hay un verbo que cubrirá el vuestro; el que sale de las cosas y proclama el triunfo de la pereza, de la mentira, de la codicia, del egoísmo. Exponer á un hombre sudando á una corriente de aire y suplicarle que no se constipara, sería ridículo; condenar á un hombre á beber trago á trozo dos litros de vino y ordenarle que no se emborrachara, sería absurdo; querer que un cerezo en nuestro clima dé frutos en Diciembre, pretender endulzar con sal un manjar, plantar un rosal en la nieve, esperar que no envenene la cicuta, que el fuego no quemé, que el sol no alumbre, todo esto sería grotesco é insensato. Pues bien, moralistas; no sois menos grotescos é insensatos cuando obsesionáis al genero humano con vuestras homilias sobre la virtud, cuando suplicáis á los hombres que sean dulces y compasivos, cuando los exhortáis á que no manchen sus labios con la mentira, cuando los invitáis al trabajo penoso, humillante, arriesgado; cuando los mostráis

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Cerráronse las Cortes el 30 de Junio, y aquella tarde se aglomeró cerca de Palacio la multitud. La Guardia de Palacio recibió orden de disolverla, indudablemente para provocarla, y algunos soldados emplearon groseros modos sin que sus jefes los llamaran al orden. Don Mamerto Landáburu, teniente de guardias walonas, sacó el sable para traer a su deber a los insolentes, y al lanzarse sobre ellos recibió por la espalda tres tiros de fusil que le dejaron muerto en la misma puerta de Palacio.

Indignóse el paisaje, testigo de aquel inicuo asesinato, y se repartió por las calles pidiendo venganza; la tropa y la milicia tomaron posiciones, pero la cosa no pasó adelante, y a la mañana siguiente se retiró la fuerza a sus cuarteles.

Fermada causa a los asesinos de Landáburu, fueron sentenciados a muerte dos soldados y el oficial Gafien, reos del alvoso crimen; pero comprendiéndose que el antiguo espíritu realista volvía a infiltrarse en el ejército, merced a que Palacio venía siendo centro de conspiración, de donde salían los mandatos o indicaciones para asonadas y formación de partidas; idea que recibió confirmación cumplida al ver sublevados a los seis batallones de la guardia real el 2 de Julio, y que salieron del cuartel, acampando en la plaza de Palacio, y dirigiéndose los cuatro restantes al Pardo.

Tomaron posiciones la tropa y la milicia; el general Morillo, capitán general de Madrid, confirió varias veces con los facciosos; hubo caballos entre éstos y don Luis Fernández de Córdova para que el rey se pusiera a su frente, y saliesen para Aranjuez, donde se restablecería el gobierno absoluto. Y a todo esto Fernando y los ministros sitiados por dos batallones de la guardia real, y éstos sitiados por la tropa y la milicia.

Los palacios se desvivían por complacer a los sublevados. Un testigo de aquellas vergüenzas las pinta así: «Regalados de toda la servidumbre, usaron y abusaron de aquella situación con toda la licencia y descaro de hombres groseros, sin vergüenza y sin crianza. Manjares delicados, conservas, vinos generosos, helados exquisitos, todo se les prodigaba, y ellos lo repartían alegremente con la chusma y las mujercitas que a bandadas acudían a participar del festín. Los corredores y escaleras del palacio se veían convertidos en tabernas, los rincones en burdeles; allí se comía, se bebía, se cantaba y se gritaba; allí se cometían todos los desórdenes y torpezas que la borrachera y la licencia militar llevan consigo».

Creyendo el rey y los suyos ganada la partida, llamaron a los cuatro batallones del Pardo, que entraron en Madrid, haciendo alto en la calle Ancha de San Bernardo junto a la de la Luna.

Una patrulla del batallón Sagrado, compuesto en su mayoría de oficiales retirados o sin colocación, tropezó con la primera columna de la guardia, le dio el *quien vive* y se rompió el fuego, teniendo los realistas.

Después de varias peripecias y de muchos combates parciales en diversos puntos, escaparon por frente a Palacio, y el rey, el que los había lanzado a la aventura, salió al balcón y dijo en tono imperioso a Morillo: *¡a ellos! ¡a ellos!* Y cuando por el campo del Moro, Casa de Campo y caminos de Galicia y Extremadura corrían los guardias perseguidos por los liberales, el rey, que para verlo mejor se había colocado tras otro balcón en la parte posterior de Palacio, celebraba con frases regocijadas el destrozo que en ellos hacían los constitucionales, exclamando: «Anda, ¡que se lo roben (usó otra palabra mas indecente) por tontos! A bien que yo soy inviolable.» Y sin embargo, él los había lanzado a la lucha.

En cambio los liberales se portaron tan generosamente con ellos, que hasta los mismos que los habían combatido se apresuraban a salvarlos. «La posteridad, escribió después don Agustín Argüelles, podrá comprender apenas que se hubiese llevado a tal extremo la generosidad (de los vencedores para con los vencidos guardias y para el rey), cuando la historia le revele todos los hechos y todas las circunstancias que en aquel suceso mediaron».

De la jornada del 7 de Julio aprovechó el cuerpo diplomático que servía los intereses de la Santa Alianza, con quien Fernando andaba en tratos, para amenazar con la intervención extranjera.

El 21 de Julio cayó la Seo en poder del Trapisaca, quien fusiló bárbaramente a todos los prisioneros. Esto permitió a los realistas establecer un gobierno con el título de *Junta superior provisional de Cataluña*, del que formaron parte don Paladío Durán, abogado; don Julián Ramos, canónigo; don Juan Juer, penitenciario de aquella catedral; el rector del Seminario y dos comerciantes.

Tomada la Seo, contaron los realistas con una plaza fortificada, condición puesta por la Triple Alianza para resolverse a intervenir resueltamente en los negocios de España. Constituyeron un consejo de Regencia compuesto del arzobispo de Tarragona, el barón de Eroles y el marqués de Matallorda, quienes, trasladándose a la Seo, se hicieron proclamar regentes con toda solemnidad, de acuerdo con el *manolo*.

Según un narrador de aquellos sucesos, «crecieron las calles en rogativa por orden de la Regencia los individuos de ésta, acompañados del obispo, cabildo, clero, autoridades, estado mayor y gacucanía, con el pendón de la cruz en la mano. Veíanse muchos frailes ceñidos las espadas por encima de los hábitos, con el crucifijo pendiente del cuello, y debajo el puñal y el cordón se aflojaba sosteniendo las pistolas; oficiales con el gorro largo y encarnado de los catalanes, y los obispos de paz presidiendo aquella nueva cruzada, en que trajes y costumbres grostas recordaban épocas remotas».

Al día siguiente de instalada, la Regencia dió un Manifiesto diciendo que se había constituido en Gobierno supremo de España a nombre de S. M. el señor Fernando VII (durante su cautiverio, y en el de su augusta dinastía en su respectivo caso), al solo fin de preservar sus legítimos derechos y los de la nación española, proporcionarles su seguridad y el bien de que carecen.

Después de añadir que, «las órdenes comunicadas en nombre del rey desde 1820 serán tenidas por de ningún valor y efecto y no se cumplirán hasta que S. M., restituido a verdadera libertad, pueda ratificarlas o expedirlas de nuevo, a firmada que, para que no se aumenten los males, los regentes desistan de la ocasión (precisa en otro caso), de que las tropas extranjeras pisen la Península, en las que habían de echar de menos la benignidad que pueden hallar hoy en S. M. restituido a su trono».

Fernando felicitó a la Regencia en secreto por su instalación y sus primeros actos, al par que firmó un Manifiesto (15 de Septiembre de 1822), para ver si se levantaba el espíritu liberal. En él decía con sin igual cinismo:

«No necesito presentaros el cuadro que afre-

cen Navarra, Cataluña y otras más provincias de este hermoso suelo. Los robos, los asesinatos, los incendios, todo está a vuestra vista... Figuradla sobre ese trono de escarnio y de ignominia erigido en Urgel por la impostura... La Europa culta mira con horror esos excesos y atentados. Clama la humanidad por sus ofensas, la ley por sus agravios, y la patria por su paz y su decoro. ¿Y yo callaría por más tiempo? ¿Vería tranquilo los males de la magnánima nación de que soy jefe? ¿Escucharía mi nombre profanado por perjuros que le toman por escudo de sus crímenes? No, españoles; los denuncio mi voz al tribunal severo de la ley; los entrego a vuestra indignación y a la del universo. Sea esta vez el iris de paz, la voz de la confianza, que aplique un bálsamo a los males de la patria».

«Valientes militares, redoblad vuestros esfuerzos para presentar en todos los ángulos de la península sus banderas victoriosas... Ministros de la religión, vosotros que anunciáis la palabra de Dios, y predicáis su moral de paz y mansedumbre, arrancad la máscara con que se cubren los perjuros: declarad que la pura fe de Jesucristo no se defiende con delitos, y que no pueden ser ministros suyos los que empuñan armas fratricidas: fulminad sobre estos hijos espúres del altar los terribles anatemas que la Iglesia pone en vuestras manos, y seréis dignos sacerdotes y dignos ciudadanos. Y vosotros, escritores públicos, que manifestáis la opinión, que es la reina de los pueblos; vosotros, que suplis tantas veces la insuficiencia de la ley y los errores de los gobernantes, emplead vuestras armas en obsequio de la causa nacional con más ardor que nunca... Curad plagas, no las renoveis; predicad la unión, que es la base de la fuerza».

Y los liberales, aun cuando ya debían saber a qué atenerse con aquel miserable, aplaudían esta nueva perfidia!

Cuando en Urgel supieron que Mina, después de una acción gloriosa en las cercanías de Belver, había arrojado tres columnas facciosas al lado allá de la frontera, la Regencia tomó el tole hacia Francia, y supo bien lo que se hizo, porque sitiada la Seo por Mina el 8 de Diciembre, fué tomada el 3 de Febrero siguiente, a pesar de no contar ni con un cañón para responder a los 46 que guardaban las almenas.

A pesar de esto, la propaganda contra la Constitución proseguía incansable. Los frailes, aprovechando la cuaresma de 1823, convirtieron en club cada púlpito y en tribuna de odios cada confesionario, arrastrando al populacho a las banderas del absolutismo.

Austria, Francia, Rusia, Prusia, potencias signatarias del tratado de Verona firmado el 21 de Noviembre de 1822, se dirigieron por medio de sus embajadores al Gobierno de España, anunciando la intervención armada si no se renunciaba al régimen constitucional.

El general don Evaristo San Miguel contestó el 9 de Enero de 1823 de una manera digna, enérgica y genuinamente española, rechazando los hechos en que las potencias fingían fundarse, y afirmando el derecho que España tenía a regirse como le acomodara.

Leydas las notas en la Cámara, produjeron tan honda impresión como entusiasmo las contestaciones del ministro, acordando dirigir un mensaje al rey, asegurándole de la decisión de la representación nacional, fiel intérprete de los votos de sus comités, a sostener el lustre e independencia del trono constitucional de las Españas, la soberanía y derechos de la nación.

Las partidas armadas de realistas continuaban, en tanto, infestando los campos; las ciudades vivían en constante agitación; el rey conspiraba y pedía la intervención de las potencias; la Regencia de apostólicos hacía lo mismo; el clero atizaba por todos los medios la discordia; no había un oclavo en el tesoro público; los parques vacíos, las fortificaciones destruidas, y, no obstante, al verse amenazada con la guerra por las cuatro naciones más importantes de Europa, el gobierno dió en el acto sus pasaportes a los embajadores de esas potencias, y las Cortes acordaron dirigir un mensaje al rey manifestándole haber oído con la mayor extrañeza las doctrinas contenidas en las notas de París, Viena, Berlín y San Petersburgo, por no estar conformes con las prácticas establecidas, porque se injuriaba a la nación española, a sus Cortes y a su gobierno; declarando al mismo tiempo haber visto con el mayor agrado la respuesta franca y decorosa que a aquellos atrevimientos había dado el ministro español.

(Continuará.)

SIIERVOS Y LIBRES

Rosa y Juan se adoraban con locura, con el amor de arcángel y de fiera que hace de la mujer una pantera y del hombre un abismo de ternura.

Gozaban libremente su ventura y no faltaba quien dijese que era Juan un perdido y Rosa una ramera, por no estar enlazados ante el cura.

Llegó a saberlo Juan, y con desprecio contestó de este modo al que lo dijo: «Hablamos con un infame o como un necio; si ningún sacerdote nos bendijo, más alta bendición y de más precio me otorgó Dios al concederme un hijo».

G. NÚÑEZ DE PRADO

Tema inagotable

¿Por qué hay tanta hambre en España? Porque el dinero que debería dedicarse a aliviar miserias y dolores, se emplea hoy en levantar conventos y mantener gente improductiva que, a pretexto de trabajar por la religión, prepara una nueva guerra civil.

Algunas partículas del oro que tan mal destino tiene, va a los Asilos de la caridad oficial, paliativo que el egoísmo calculador aplica a la desgracia.

Y en estos asilos fríos, donde el método se alía con la dureza, y el detalle reglamentario eclipsa la caridad, donde la ternura no mora ni se derraman otras lágrimas que las que el doctor arranca al enfermo o al valetudinario, ocurren a menudo cosas tremendas, según se deduce de los relatos que alguna vez que otra llegan al público, a pesar de que la prensa clerical les echa encima el manto protector de su silencio.

Cuando se piensa en el mal trato que por regla general reciben los asilados, no obstante los recursos que la caridad ó la moda llevan a esos centros benéficos llamados hospitales, casas de locos, inclusas, hospicios, y se recuerda que las imágenes de madera ó piedra están cargadas de joyas valiosas, los prelados cubiertos de alhajas y los conventos llenos de riqueza, y que los millones que los jesuitas y las legiones de hermanos y hermanas sacan de la fe, del temor al infierno, de la imbecilidad ó del crimen bastarían para que esos pequeños viviesen, esos ancianos prolongasen sus días y esos enfermos sanasen, se siente brotar la ira ó borbombones en el pecho. Pues es indudable que el oro que derrochan las gentes de Iglesia y las que a su sombra viven, hace aumentar en un ochenta por ciento, por lo menos, las muertes en el ejército de la miseria.

¿Qué relación más cursi! ¿Verdad, apreciados capicorriones que por esos conventos y esos palacios episcopales estáis repartidos? Parece mentira que hombres como yo, de alguna inteligencia, pierdan el tiempo en lanzar tan ridículas jeremiadas.

Si hay pobres, que reventen; por algo se dice que todos somos hijos de Dios.

Hay en Carmona un colegio de frailes de no sé qué pinta, pero sí que durante las horas de recreo obligan a los chicos a dividirse en bandos, uno de diez ó doce (*republicanos*) y otro de cuarenta ó cincuenta (*carlistas*), obligándolos a batirse. Y claro, los segundos triunfan siempre.

Por esto, al preguntarles a los chicos todos los días qué quieren ser, contestan con absoluta unanimidad: *¡carlistas siempre!* Y los benditos Padres se encuentran oyéndolos.

Temblado estoy que venga alguna noticia flaminesca de ese colegio, porque ya sé quién sería la víctima: un niño republicano.

Aun cuando quizás no; en esto los frailes no han demostrado hasta ahora exclusivismos.

Beatos y criminales

Leo que un tal Atondo, cabecilla que fué en la pasada guerra, no sale ahora del templo de Pamplona y parece que quiere comerselos santos.

He aquí algunos de los crímenes que se le atribuyeron:

Una viuda con cuatro hijos, llamada Josefa Zufia, natural de Larraga, salió de su casa el día 2 de Abril de 1874 a vender géneros por los pueblos, de lo cual vivía; la cogieron los carlistas en Huarte-Araquil, la llevaron al pie del monte de San Miguel, la desnudaron, la insultaron, la azotaron y se preparaban a cortarle las orejas, cuando vieron que llegaba una columna liberal y huyeron. La infeliz llegó en tal estado a Pamplona, que ni sus hijos la conocieron.

A los pocos días, otra mujer llamada Tiburcia, que vendía barquillos en Pamplona, compró un borriquillo con objeto de vender fiambres a las tropas. La cogieron los carlistas, y después de robarle lo que llevaba, la asesinaron, echándola a un barranco.

A otra, llamada Tomás, también vecina de Pamplona, le quemaron la mano derecha, le robaron la mercancía y el dinero que llevaba y le cortaron el moño.

Ahora, repito, el cabecilla Atondo no sale de la iglesia, y con seguridad tiene en su casa el Sagrado Corazón y medallas y escapularios a porfallo.

Lo cual viene a confirmar lo que en tantas ocasiones he dicho:

«No todos los católicos son criminales, pero sí todos los criminales son católicos.»

«En Cangas de Tineo fué recibido el general Polavieja por el clero parroquial y con repique general de campanas».

También salieron a recibirle las cofradías del Corazón de Jesús y de las Hijas de María, pero se retiraron por haber surgido una cuestión de etiqueta».

Cuando lean esto en el extranjero ¡qué menguada idea formarán de nosotros!

Gracias a que mientras los ministros de la Guerra se dedican a prácticas religiosas, los obispos cantan en los Congresos católicos:

Sangre y exterminio
haya por doquier,
que si no, creerían que había muerto completamente en España el espíritu bélico.

Ó TODOS Ó NINGUNO

Una asociación de padres de familia está gestionando la reducción del número de mezas que este año han de ingresar en filas. No puede darse mayor candidez.

Alegan que, para cubrir hajas, no es necesario el ingreso de 60.000 hombres, y calculan que serían más que suficientes 25.000.

Si tuviéramos un ministro de la Guerra que cuidara de la prosperidad y prestigio de la nación más que de la fortaleza y oropel de las instituciones, si comprendiera que más que de la cantidad de los de abajo debiera ocuparse de la calidad de los de arriba, entonces podían tener esos padres de familia la esperanza de que sus reclamaciones fueran atendidas. No siendo así, pierdan lastimosamente el tiempo.

Lo que deberían pedir unánimemente todos los padres (ya que los hijos apenas se preocupan de estas cosas) es la transformación completa, radi-

cal, del actual sistema de reemplazos. Lo que deberían exigir es que la justicia fuera igual para todos, en todos los órdenes de la vida nacional; y como en este del servicio militar es donde más se destaca la injusticia, a él debieran coherrar las protestas de todos los hombres honrados.

Ya sabemos que los padres de familia de las clases acomodadas no quieren confundirse con los proletarios en este y en otros asuntos que, siendo de interés general, pueden resolverse por ellos sin ridículas manifestaciones y con el decoro que exige su clase. La redención a metálico, la recomendación del cacique, el título de seminarista y otras supercherías son medios apropiados para escapar del cumplimiento de las leyes morales y políticas. Pero ¡qué tanta infamia y cuántas preocupaciones encierran estos medios!

El labrador que vende el pedazo de tierra ó la casa solariega, ó el ganado y los aperos de labranza; el *modesto* industrial que merma el valor del trabajo ó reduce a su más mínima expresión el jornal de sus obreros; el pequeño propietario que no higieniza ó reforma sus fincas, y aumenta, en cambio, el precio del arrendamiento; todos aquellos, en fin, que contribuyen al malestar material de la sociedad para dar satisfacción a una vanidad intructuosa y pasajera como es la de la redención del servicio militar hoy vigente, son cómplices de la injusticia de las leyes y ayudas del desequilibrio social.

Prefieren el sacrificio obscuro a la protesta colectiva; no pueden ponerse al nivel de los grandes terratenientes ó de los poderosos industriales en eso de pagar en dinero un servicio personal, y a pesar de su heroísmo y a veces inhumano despendio, quedan en ridículo ante las clases altas y se captan el odio y a veces el desprecio de las clases humildes.

¿Por qué, pues, contribuyen esos malos padres a la ruina económica de sus familias? ¿Se trata del servicio de la patria, cuanto hay que defenderla de injustas agresiones extranjeras? Son traidores a la patria, encubriendo su traición con un tributo sacado de la fortuna de sus hijos. ¿Se trata del servicio permanente en tiempo de paz? Son enemigos del progreso, porque éste tiende a la propagación de la igualdad legal, de la intelectualidad de todos los servicios; y pretender que el tributo de sangre pose solamente sobre los más desgraciados ó los más ignorantes, es el colmo del egoísmo y de la infamia.

Dejémos los padres de familia de protestas sobre el número de soldados que el ministro pida, porque por ahí no se va a la solución del asunto. Si el servicio permanente es justo, pidan que todas las clases lo presten. Si no es justo, pidan que se suprima. Si la instrucción militar es conveniente, todos los españoles deben adquirirla, sea en ocho días, sea en ocho meses. Esta tendencia a la igualdad dignificará a los que la propagasen y sostuviesen con energía.

No nos cansaremos de repetirlo. La conducta de los privilegiados que, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, eluden de varios modos, sin reparar en los más indignos, el cumplimiento de los deberes patrios, es repugnante; pero más que repugnancia produce ira al ver que, llamándose defensores de la monarquía y de la religión, hoy que la religión y la monarquía han decaído de su antigua y estúpida grandza, pretenden que los que no queremos tales antigallas seamos sus únicos defensores.

Ahí es donde deben parar su atención los padres de familia y hacer recaer la de sus hijos.

Y no queremos decir más, ¡no vaya el Gobierno a declarar en estado de sitio el barrio de las Penuelas!

T. GENTIL

¿Que cuánto ha recibido por concepto de géneros vendidos ó de servicios prestados al ayuntamiento de Logroño en un cuatrenio el concejal don Joaquín Redón? 16.800 reales.

¿Cuánto gusto tendría en decir que era monárquico, en vez de republicano ese concejal? Pero no me es posible: la verdad se impone. Es republicano y de los que protegen a las gentes de Iglesia.

SECCIÓN AMENA

ENFERMOS Y MÉDICOS

Acabo de descubrir una cosa que no me ha sorprendido, y es que los médicos tienen a la humanidad en poca estimación. Le pagan en menosprecio los epigramas que ella les prodiga.

Verdaderamente la medicina se la transformado de un siglo acá, mas la opinión pública no se ha modificado respecto a ella. Se halla poco más ó menos como en los tiempos en que se estrenaba *El médico a palos*.

Hace unos días comí con varios amigos, de los que tres eran médicos. Estando en mayoría, no les costó trabajo apoderarse de la conversación, y se despatcharon a su gusto hablando de sus intereses profesionales.

No eché en saco roto lo que oí, y va a servirme para dar una lección a mis contemporáneos.

Después de algunas observaciones sobre casos patológicos poco conocidos y que hacen gran honor al ingenio de la Naturaleza, mis amigos llegaron a formular de una manera precisa el resultado de su experiencia desde el punto de vista psicológico.

El de más edad, que lleva treinta años de práctica, sentó este principio: «La gratitud de los clientes varía en proporción enorme, según que se trate del enfermo mismo ó de sus parientes.»

El enfermo a quien el médico ha curado en un abrir y cerrar de ojos, por una feliz casualidad, no abriga el menor reconocimiento: atribuye la curación a la excelencia de su temperamento, y paga mal; se le figura que le roban. «¡Gran negocio dice; sin médico me hubiera curado lo mismo.» Y, sin embargo, este cliente debería satisfacer los honorarios con tanto más gusto cuanto más corta hubiera sido su enfermedad. Si realmente hubiera creído que los recursos de su temperamento le bastaban para curarse, no hubiera llamado al médico. Esto es elemental. Pero he aquí dónde la estupidez humana respaldase con su más pura gloria.

Los tres médicos estuvieron de acuerdo sobre este otro punto.

El cliente cuya enfermedad se prolonga mucho, haciéndole sufrir horriblemente a consecuencia de la ignorancia ó la torpeza del médico, pero que no obstante llega a recobrar la salud, se siente lleno de gratitud hacia el hombre que ha prolongado sus sufrimientos atracándole de abominables drogas; su bolsa se abre espasmodicamente al verdugo. «¡Ah, caro doctor, le debo a usted la vida!»

¿Qué animal! Precisamente ahora es cuando nada le debes.

Curioso ejemplo de esta fenomenal vantería:

Una noche, a las dos de la madrugada, empezó a repicar la campanilla de un especialista eminente; tratábase de parir a una mujer encantadora que vivía en una casa de campo algo lejos de la población. Se acordó que la asistía, muy asustado ante una complicación imprevista, aconsejó que se le llamara. Un coche con dos buenos caballos le esperaba a la puerta.

Vistióse el médico a toda prisa, corrió a la casa de campo y se convenció de que, tanto la madre como la criatura, estaban a punto de perecer. En algunos minutos y con extraordinaria habilidad partea a la madre, salva al niño, y al amanecer estaba en su casa.

Al día siguiente el marido de la parturienta, hombre rico, fué a darle las gracias y a preguntarle qué le debía. El salvador fijó sus honorarios en 1.500 pesetas, y aquel padre, aquel marido, que con gusto hubiera dado 20.000 duros por salvar a su mujer y a su hijo, hizo una mueca y manifestó que le parecía excesiva la cantidad. «¡Oh, doctor, ha sido una cosa tan pronto!» (Historico.)

«Pasado el peligro si gaba la santa», dicen los italianos. Si el especialista hubiera martirizado a la paciente durante una hora, el marido, lleno de respeto y gratitud, hubiera puesto a sus pies toda su fortuna. Otro ejemplo.

Un médico asiste a un hombre atacado de una enfermedad violenta muy contagiosa, llevando su celo hasta la imprudencia más heroica. El enfermo se muere. Ninguna gratitud tiene que esperar de los parientes, quienes pagan de mala gana al que acaba de arriesgar su vida, y al que le hubiese dado un millón de gracias y otro de reales si de una enfermedad ligera hace una larga.

Durante el peligro se recibe al médico como a un semidios; se le mimas, se le agasaja... Pero, pasado el peligro...

¡Ah! Si los médicos pudieran hacerse pagar adelantado como las patronas de huéspedes ó los dueños de fincas urbanas, ¡qué rápidamente harían su fortuna!

Mis tres doctores hablaban de todo esto sin demasiada amargura, alegrement, como personas que han renunciado a la gratitud, y que, en general, se interesan por la enfermedad más que por el enfermo. Uno de ellos me hizo esta confesión terrible, que entrego a las meditaciones del lector: Dado el estado de espíritu de los clientes, en su inmensa mayoría, un médico pobre suele verse obligado a prolongar las enfermedades sopena de morir de hambre. ¿Oís esto, ridículos humanos?

El médico que no empieza envenenando a medias a su enfermo con mixturas sin nombre, para tratar de curarlo en seguida... de los efectos de tan terribles ingredientes, casi nunca es tomado en serio. Los enfermos quieren que se les engañe. Antes de curarlos es menester que el médico halague su manía.

El capítulo de los falsos enfermos, que pudieran llamarse los voluntarios de la enfermedad, es también curioso. Incalculable es el número de las personas que menosprecian la higiene y reservan todos sus favores para los encantos de la farmacia. Entre estos *diletantismos* del empirismo los hay que toman laxantes, y apenas consiguen el objeto apetecido se asustan; apresurándose a absorber astringentes compensadores. Su exórgico es como un oscuro campo de batalla donde los jirafes, los polvos, las disoluciones, las tinturas, las tisanas, se encuentran en perpetuo conflicto, en odiosa mezo-lanza.

Se citan personas que resisten mucho tiempo a este modo de cuidar de su salud. Nada hay comparable a la alegría que experimentan cuando van en cuarta plana de los periódicos un nuevo específico infalible. ¿Será este el bueno? ¿El que por fin reemplazará victoriosamente a la higiene? No tiene fe en la triaca, ni en la virtud de las viboras, ni aun en el asta de clervo; a pesar de todo la farmacia no le pasa mal.

Tenían que oír nuestros tres médicos pasando revista a los medicamentos hoy en activo servicio; las harinas de lentejas, bautizadas con nombres retumbantes, los pomposos julepes, los bolos soberanos, los maravillosos polvos que todo lo curan, todo, excepto la incurable majadería de los enfermos imaginarios... y los males de los verdaderos enfermos.

No hace mucho tiempo leí la excelente obra del Dr. Rengade titulada *Los grandes males y los grandes remedios*; en ella se prueba que si la vida social en nuestra época excluye toda esperanza de salud perfecta, al menos una higiene inteligente aumenta de modo extraordinario las probabilidades de salvación.

Uno de los tres médicos me decía, hablando de esto, que al principio de su carrera había tenido la candida hombría de bien de prescribir sencillamente a sus enfermos la observancia de este pequeño código de la salud: ejercicio al aire libre, sobriedad, alegría... Recetaba poco y eso a los más graves. No tardaron en circular sobre él rumores nada lisonjeros. Decíase en voz baja que era un ignorante, un abandonado que ejercía la medicina como si jugara a la pelota, un ente risible.

Demasiado pobre para seguir siendo sincero, tuvo que ceder. Una vez más la estupidez humana venció a la razón. Se agarró a las drogas con verdadera rabia, y consiguió hacer fortuna.

«Cuando por casualidad, me dijo al concluir, tropiezo con un enfermo bastante inteligente para contentarse con un tratamiento racional, me dan ganas de abrazarlo y repetir con efusión la frase de un antiguo médico de convicciones profundas: «¡Sois digno de estar enfermo!»

OCTAVIO ROBÍN

¡Monos!

Así llamaron a los soldados españoles los

Congresistas católicos de Burgos.

Después de oír tantas misas en los campamentos, blindados los pechos con escapularios, de servirles de escolta en todas sus fiestas, de ser conducidos en pelotón al confesonario, de estar muchos de ellos en el servicio porque los marraños de los seminaristas y los cerdos de los aprendices de frailes se libran, después de todo eso, nada más noble, justo y santo que insultar a esos hijos de la patria.

Cada día son más dulces y humanos los sentimientos que despierta en los pechos la religión de los Saballs, Santa Cruz, Flix, Cuecnas y demás bandidos que usaban a todo pasto el Corazón de Jesús.

Juan el Martillador

¡Pobre ángel mío, se me muere, se me muere sin remedio, ¡oh Dios!—gritaba con acento de mortal angustia Juan el Martillador a la cabecera de su hija enferma.

Ya le había dicho el médico:

